



Entender la evolución desde la perspectiva católica implica ver más allá de la ciencia: considerar al ser humano, la moral y la acción de Dios en la creación.

Benjamin Wiker en osv.com / omnesmag.com

Cuando la gente me pregunta «¿Qué piensa la Iglesia Católica sobre la evolución?», rara vez están preparados para mi respuesta: «Sentémonos unos meses y hablemos de ello».

El problema es este: la Iglesia Católica no solo piensa en la evolución. Concibe la teoría de la evolución humana en el contexto mucho más amplio de su comprensión del ser humano, la razón, la ciencia, el pecado, la moralidad y la redención de la humanidad por Dios encarnado. La Iglesia no puede pensar en algo sin pensar en casi todo, porque todo es obra de Dios.

Quiero señalar esto directamente, porque la tendencia de nuestra cultura de frases hechas es caer en alguna cita breve hecha por un Papa en un discurso o encíclica, o por un funcionario del Vaticano, o un científico católico, o un teólogo católico, y tratarla de manera aislada como si todo lo que necesitábamos saber sobre la evolución como católicos pudiéramos escribirla en una tarjeta índice y llevarla en nuestra billetera o cartera para tenerla a mano como referencia.

Pero así no es como la Iglesia Católica concibe la evolución, ni nada en general. La Iglesia no piensa en frases ingeniosas para impacientes. Piensa como una catedral donde todo está conectado, piedra sobre piedra cuidadosamente equilibrada, compleja e íntimamente interdependiente, construida durante siglos para perdurar aún más siglos según el plan eterno, todo armoniosamente elaborado para adorar a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, para que todo lo humano sea redimido, la naturaleza transformada por la gracia mientras se extiende hacia el cielo.

Quizás el mejor lugar para comenzar a comprender lo que esto podría significar con respecto a la evolución sea el Catecismo de la Iglesia Católica . Encontrará algunas afirmaciones aisladas específicamente sobre la evolución, pero estas afirmaciones son parte integral de todo el catecismo, la vasta y catedralicia presentación de la fe. Como las piedras individuales de una catedral, no se pueden extraer las afirmaciones aisladas sin que todo el edificio se derrumbe. Más directamente, podríamos decir que la consideración católica de la evolución se enmarca en la catequesis católica sobre la creación y la redención. Dentro de esta catequesis hay ciertos supuestos, tanto naturales como sobrenaturales, que establecen límites definidos a la consideración de la evolución.

Permítanme ofrecer dos ejemplos del catecismo que no han aparecido en la cobertura de la prensa popular sobre la Iglesia Católica y la evolución. «Por la razón natural, el hombre puede conocer a Dios con certeza, basándose en sus obras» (n.º 50). Se trata, en realidad, de una afirmación dogmática basada en las maravillosas capacidades de la razón humana natural y en el hecho de que la naturaleza misma, incluidos sus aspectos biológicos, manifiesta la gloria y la sabiduría de su Creador, y cada criatura refleja «a su manera un rayo de la infinita sabiduría y bondad de Dios» (n.º 339).

¿Qué significa esto para nuestra consideración de la evolución? Que cualquier perspectiva de la evolución que asuma, por principio, que la naturaleza biológica está completamente gobernada por el azar y leyes ciegas es errónea. Según esa perspectiva de la evolución —defendida hoy por ateos tan prominentes como **Richard Dawkins**—, la naturaleza revela la total ausencia de sabiduría, es decir, la ausencia de un Creador sabio. Frente a esto, el Catecismo sostiene firmemente: «Creemos que Dios creó el mundo según su sabiduría. No es producto de ninguna necesidad, ni del destino ciego ni del azar» (n.º 295).

¡Ajá! ¡Eso debe significar que la Iglesia Católica rechaza la evolución! No, lo siento. No hay respuestas tan fáciles y rápidas. La Iglesia Católica no rechaza la evolución, porque no rechaza, sino que, de hecho, acoge con agrado cualquier investigación científica

legítima. La ciencia estudia la naturaleza, y la verdad de la creación jamás puede contradecir la verdad del Creador.

Así pues (citando el «*Dei Filius*» del Concilio Vaticano I), el Catecismo nos informa que «la investigación metódica en todas las ramas del conocimiento, con tal que se realice de modo verdaderamente científico y no anulando las leyes morales, nunca puede estar en conflicto con la fe, porque las cosas del mundo y las cosas de la fe provienen del mismo Dios» (n. 159).

¿Qué significa esto, en particular, para la evolución? Continúe leyendo. «La creación posee su propia bondad y perfección, pero no surgió completa de las manos del Creador. El universo fue creado en tránsito (*in statu viae*) hacia una perfección última aún por alcanzar, a la que Dios lo ha destinado» (n. 310). «En el plan de Dios, este proceso de devenir implica la aparición de ciertos seres y la desaparición de otros, la existencia de los más perfectos junto a los menos perfectos, fuerzas tanto constructivas como destructivas de la naturaleza» (n.º 310).

Desde esta perspectiva, como ha señalado el cardenal **Christoph Schönborn**, la evolución se entiende como creación «prolongada en el tiempo».

¡Ajá! ¡Eso debe significar que la Iglesia Católica acepta la evolución! No, lo siento.

No existen respuestas tan fáciles y rápidas. La iglesia no puede simplemente aceptar la teoría de la evolución, porque no existe una sola teoría evolutiva que pueda aceptar. Existen, en cambio, diferentes teorías, diferentes enfoques de la evolución.

Como bien señaló **San Juan Pablo II**, «en lugar de hablar de la teoría de la evolución, es más preciso hablar de las teorías de la evolución. El uso del plural es necesario aquí, en parte debido a la diversidad de explicaciones sobre el mecanismo de la evolución, y en parte debido a la diversidad de filosofías involucradas».

La verdad es esta. La Iglesia no puede afirmar la evolución con total convicción, ya que la evolución, como ciencia en sí misma, no es del todo sólida. Debemos distinguir entre la evolución en sí y nuestro conocimiento de ella (lo que los científicos actuales creen saber sobre la evolución).

Tenemos todas las razones para creer que la evolución es algo que ocurrió, pero lo que realmente ocurrió en ella es algo que debe descubrirse en el largo y difícil camino del descubrimiento

científico, del cual solo hemos recorrido una parte. Por eso la Iglesia es, con razón, cautelosa.

Entonces, ¿cuál es la postura verdaderamente católica?

Las recientes controversias sobre la evolución, el diseño inteligente y el creacionismo han generado tanta confusión que no es de extrañar que los católicos estén casi completamente desconcertados sobre qué pensar. Aclarar las cosas no será tarea fácil, pero aquí va un comienzo, punto por punto.

En primer lugar, los católicos debemos sostener que nuestro estudio de la naturaleza confirma la existencia de Dios. El Catecismo afirma claramente: «La existencia de Dios Creador puede conocerse con certeza por sus obras, a la luz de la razón humana, aunque este conocimiento a menudo esté oscurecido y desfigurado por el error» (n. 286).

El catecismo se fundamenta en la afirmación definitiva de la constitución dogmática «*Dei Filius*» del Concilio Vaticano I: «La santa Madre Iglesia sostiene y enseña que Dios, principio y fin de todo, puede ser conocido con certeza a partir de la consideración de las cosas creadas, por la virtud natural de la razón humana, pues desde la creación del mundo, su naturaleza invisible se percibe con claridad en las cosas creadas.»

Y esta declaración está firmemente arraigada en las Escrituras, como afirma **San Pablo** en *Romanos*: «Porque lo que se puede conocer acerca de Dios les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Pues desde la creación del mundo, su naturaleza invisible, es decir, su eterno poder y deidad, se percibe claramente en las cosas creadas» (1:19-20).

No debe sorprendernos, pues, que el catecismo afirme: «Creado a imagen de Dios y llamado a conocerlo y amarlo, quien busca a Dios descubre ciertos caminos para llegar a conocerlo. Estos se llaman también pruebas de la existencia de Dios, no en el sentido de pruebas propias de las ciencias naturales, sino como argumentos convergentes y convincentes, que permiten alcanzar la certeza de la verdad» (n. 31).

De hecho, podemos demostrar la existencia de Dios mediante algún tipo de argumento filosófico. Pero decir que es un argumento filosófico no significa que sea, por lo tanto, acientífico o, peor aún, un argumento acientífico. Si podemos razonar a partir de la naturaleza para llegar a la existencia de Dios, sin duda debe ser a partir de una comprensión muy bien fundamentada de la naturaleza; es decir, una que tenga plenamente en cuenta los últimos avances científicos relacionados con el área o aspecto de la naturaleza que se considera al usar la razón.

¿Y qué hay del creacionismo y el diseño inteligente?

Desafortunadamente, el término «creacionismo» se asocia con negar por completo la evolución y tratar de probar una interpretación literal de la Biblia contra la ciencia moderna. Pero la Iglesia no rechaza por completo la posibilidad de la evolución, y el enfoque católico de la Biblia no es el de un fundamentalista.

Al mismo tiempo, la iglesia adopta una postura crítica hacia la evolución en lugar de simplemente afirmar lo que los evolucionistas contemporáneos de cualquier tipo estén diciendo, y la iglesia también cree con todo su corazón que la Biblia es verdadera y completamente inspirada y sin error.

¿Y la teoría del diseño inteligente? Cabe señalar de entrada que la «teoría del diseño inteligente», como se la conoce abreviada, no es en realidad una sola cosa, sino una compleja combinación de enfoques que compiten por imponerse. Sin embargo, en general, los defensores del diseño inteligente tienden a afirmar que algún hecho científicamente verificable –por ejemplo, que esta estructura biológica molecular en particular es demasiado compleja para haberse generado únicamente mediante la selección natural– demuestra directamente la existencia de un diseñador inteligente.

Este tipo de argumentos tienen un mérito considerable, más del que los católicos se han inclinado a conceder, precisamente porque se centran en puntos problemáticos muy particulares para una explicación puramente materialista y reduccionista de la evolución.

Pero como se señaló anteriormente, el enfoque católico es considerar la evidencia científica sólo como parte de un argumento filosófico más amplio que debe presentarse si queremos demostrar la existencia de Dios a partir de la naturaleza.

La cuestión es la siguiente: la evidencia científica particular por sí sola nunca podría ser suficiente para demostrar la existencia de Dios y, además, se debe prestar mucha más atención a la filosofía para reunir adecuadamente todos los «argumentos convergentes y convincentes» necesarios para hacerlo.

Históricamente, el punto de partida más importante para una discusión sobre la Iglesia Católica y la evolución es la encíclica «*Humani Generis*» del Papa **Pío XII** (1950), que decía que la evolución era digna de estudio científico dentro de ciertos límites.

A muchos les ha parecido que la Iglesia está diciendo algo como esto: Puedes creer lo que quieras sobre la evolución siempre y cuando 1) sostengas que todas las almas humanas son creadas inmediatamente por

Dios, 2) sostengas alguna forma de monogenismo en lugar de poligenismo –es decir, sostengas que todos los seres humanos tienen un ancestro evolutivo común en lugar de surgir de una multitud desordenada– y (3) no sostengas manifiestamente una teoría puramente materialista de la evolución que de alguna manera socave la dignidad de la persona humana.

¿De verdad puede ser tan fácil? No, no puede, precisamente porque estos límites aparentemente simples, al examinarlos con más detenimiento, no son nada sencillos.

Tomemos la primera: que todas las almas humanas son creadas inmediatamente por Dios. Esta afirmación no representa un retroceso de la iglesia hacia una postura minimalista: «¡Di lo que quieras sobre la evolución del cuerpo humano, pero que sigamos teniendo alma!». Más bien, significa un rotundo «¡No!» a toda forma de materialismo, ya que reduce a los seres humanos a meros seres físicos.

Esto supone un gran obstáculo para muchos evolucionistas destacados, porque, por regla general, han tendido al materialismo completo.

El propio **Charles Darwin** definió deliberadamente su explicación evolutiva de los seres humanos en «El origen del hombre» (1871) para demostrar que podía explicar todo acerca de los seres humanos –desde su moral hasta sus capacidades intelectuales, desde sus habilidades artísticas hasta su creencia en Dios– según un esquema enteramente materialista y reduccionista.

Hoy en día, los evolucionistas más prominentes no tienen cabida para el alma humana. Tanto ellos como la mayoría de los evolucionistas suponen que causas puramente materiales –causas sujetas a la selección natural– explican por completo las capacidades humanas.

¿Y la segunda? Aquí, de nuevo, la iglesia dice mucho. Dice, en efecto, que, independientemente de lo que piensen los científicos actuales, por muy bien establecidas que parezcan estar sus teorías sobre el origen humano, al final, cuando se disponga de toda la evidencia, la ciencia no contradecirá el hecho de que los seres humanos tienen una sola progenitora.

Cabe destacar que no digo que la ciencia finalmente probará la existencia de **Adán** y **Eva**. El punto es mucho más sorprendente.

Digo que, por mucho que lo intente y se desvíe donde quiera, la ciencia descubrirá que todos sus intentos por investigar la posibilidad del poligenismo humano son finalmente infructuosos, y que todos sus intentos por investigar la posibilidad del monogenismo

resultarán maravillosamente fructíferos. La iglesia declara que la fe no puede ser contradicha porque el Dios de la Revelación es el Dios Creador.

¿Y el último? Este es quizás el límite más amplio de todos, y el menos comprendido. Al afirmar que ninguna teoría evolutiva puede ser verdadera si niega o distorsiona la dignidad de la persona humana, la Iglesia exige mucho. De hecho, se opone directamente al fundador de la evolución moderna, el propio **Charles Darwin**.

Darwin, en su obra «El Origen del Hombre», planteó una explicación evolutiva de la naturaleza humana, diseñada específicamente para demostrar que nuestra naturaleza moral era el resultado directo de la selección natural. De esto se desprendieron varias cosas.

En primer lugar, la moralidad se sustituye por moralidades, el singular por el plural. Para Darwin, los rasgos morales se desarrollaban en pueblos específicos, durante épocas específicas y bajo circunstancias específicas. Eran tan variables y transitorios como, por ejemplo, el plumaje de las aves o la forma del caparazón de las tortugas. Un gran número de nuestros evolucionistas contemporáneos concuerdan.

En segundo lugar, no existen acciones intrínsecamente malas. De hecho, el bien y el mal se reducen a lo que contribuye a la supervivencia y lo que perjudica las posibilidades de supervivencia. Todo lo que contribuye a la supervivencia de un individuo, un grupo, una raza o una nación debe ser bueno; nada que contribuya a la supervivencia de un individuo, un grupo, una raza o una nación puede ser malo.

La mayoría de los darwinistas contemporáneos han tenido dificultades para digerir esta verdad, y eso les da mucho mérito; creo que sus dudas demuestran que, en efecto, están hechos a imagen de Dios. Pero otros no tienen reparos en el infanticidio y en calificar moralmente a los niños humanos por debajo de los simios adultos.

En tercer lugar, si la selección natural es realmente la base de la moral, entonces deberíamos intentar basar nuestras políticas sociales en ella. Si los seres humanos evolucionaron mediante una feroz competencia entre individuos, tribus y tribus, razas y razas, donde los no aptos se extinguieron y los aptos vivieron para reproducirse con mayor frecuencia, entonces nuestras políticas sociales deberían ajustarse en consecuencia: no deberíamos permitir que los «no aptos», los débiles, los enfermos, moral e intelectualmente inferiores, se reproduzcan en exceso a los aptos, los fuertes, los sanos, los moral e intelectualmente superiores. Al afirmar esto, Darwin tiene el honor de ser el padre del movimiento eugenésico moderno, un movimiento que

Lo que la Iglesia realmente enseña sobre la evolución

Publicado: Jueves, 09 Octubre 2025 09:14

Escrito por Benjamin Wiker

cobra cada vez más impulso.

Debería quedar claro, incluso con este breve análisis, cuán grandes son estos límites aparentemente pequeños que la Iglesia impone a quienes legítimamente quieren investigar la evolución, especialmente la evolución humana.